

¿Hay una escuela «borgeana»?

No recuerdo si, en tanto reportaje como se le arrebatara durante los últimos tiempos, tuvo que responder Borges a pregunta similar, pero imagino que habría suscripto aquella réplica de Mallarmé sobre el tema: «Abomino de las escuelas y de todo lo que se le parece: me repugna todo lo profesoral aplicado a la literatura, la cual, por el contrario, es completamente individual»¹.

No obstante, la pregunta del título suscita dos clases de reflexiones, simultáneas y no excluyentes. Sólo la primera se dirigiría a explorar qué es lo que en la literatura borgeana, o en la personalidad de Jorge Luis Borges (o en ambas al unísono, ya que pocos autores como él reúnen hasta tal punto literatura y vida), pudo haber generado o no identificaciones, seguimientos, continuaciones. En cambio, la segunda clase de reflexión que la pregunta ocasiona nos toca más de cerca, y tiene que ver con nuestra propia actitud; constituiría así una suerte de interpelación a sus lectores y a los escritores que durante un buen trecho de su vida fuimos sus contemporáneos, y se formularía aproximadamente en estos términos: cómo leímos y escuchamos a Borges, qué hacemos hoy con su literatura, en qué medida y con qué alcances recojemos su legado.

Si quisiéramos responder antes que nada a estos últimos interrogantes, tendríamos que comenzar por admitir que nuestras relaciones con Borges no fueron siempre unívocas ni pacíficas. Los textos y la personalidad de su autor nos llevaron a plantear y replantear muchísimas veces temas tales como el de las correspondencias entre literatura y sociedad, el de la intencionalidad de un escritor y los resultados en su obra, o el de los vínculos entre «decir» y «escribir». Problemas que, naturalmente, nos sobrepasan y que ponían a prueba nuestro instrumental cognoscitivo y analítico de la cultura y de la literatura, nuestros modos de ver el mundo, el arte, sus nexos. (Como se comprende, y eso lo percibiríamos tardíamente, el hecho de que un autor abriera en jóvenes lectores tamaños interrogantes representaba ya de por sí un índice considerable de su importancia... Aunque el carácter ciertamente polémico de algunas posturas públicas de Borges enmarañaba los contactos entre un escritor que en cada

¹ Stéphane Mallarmé, «Réponses à des enquêtes», en *Oeuvres Complètes, Paris, Gallimard (Bibliothèque de la Pléiade, 1945, pág. 869).*

texto crecía, y aquellos que lo leíamos con admiración, pero queríamos leerlo también con cariño.)

En todo caso, el conjunto crítico argentino vivió asimismo diferentes oscilaciones que fueron complicando la cuestión. Inicialmente, un sector de la crítica argentina se ocupó en difundir y consagrar el nombre de Borges, deslumbrada ante los recursos técnicos de que hacía gala el escritor, los que provocaban a veces exagerados entusiasmos por el inteligente desplazamiento de un sustantivo o la novedosa adjetivación de un verbo. Este sector de la crítica solía también maravillarse ante planteos de una problemática filosóficamente audaz en el plano estético, o bien, simplemente celebrar coincidencias programáticas o puntuales en lo político y en lo cultural. Frente a ella se alzó, casi de inmediato, una crítica de signos políticos opuestos, que abjuró de Borges y de los textos de Borges en nombre de principios ideológicos inmaduramente aplicados a la obra de arte aunque notoriamente enfrentados con las posturas públicas que el autor exhibió y proclamó durante casi toda su vida.

Solamente mucho más tarde, despejadas ya ciertas ortodoxias, puesta también en tela de juicio la idoneidad y, sobre todo, la coherencia y seriedad de las actitudes políticas de Borges, comenzó a aclararse el panorama de la crítica borgeana y a reagruparse sus componentes en función de otros ejes menos alejados de la producción textual. Los aportes de la crítica estructuralista, menos glosadora y comentadora que descriptiva y funcional; la utilización de un instrumental que ofreció el psicoanálisis, aplicado ya no a las intenciones de tal o cual autor sino al inconsciente de la obra poética que escribe siempre más de lo que el autor dice; algunos descongelamientos en el campo del marxismo, y la aparición de investigaciones no dogmáticas referidas a la producción estética; todos estos cambios, en fin, permitieron nuevos acercamientos a la obra de Borges.

En efecto, aquella renovación del aparato crítico general dentro de las llamadas Ciencias del Hombre, y sus derivaciones en el examen de la tarea artística y de la literatura en particular, posibilitaron el avance de los estudios, de las lecturas, de los conocimientos y de las simpatías, por el camino de la persecución del sentido de la obra borgeana a partir de su hechura, de su interioridad. Desde éstas, se hizo entonces más factible la estimación de un trabajo de producción de significantes, no como una transparencia mecánica de los deseos y pensamientos del autor, sino como un terreno más mediatizado, más dificultoso, menos traslúcido de la personalidad que el escritor compone.

Después, el acercamiento a la obra borgeana y el respeto por ella no ha cesado de crecer, sin que a raíz de ello pueda hablarse de masivas identificaciones, de continuaciones o de escuelas. Antes bien, el reconocimiento de la obra de Borges y, entiendo, una madura apreciación y asimilación de la misma, imponen alejamientos necesarios. También, con un esfuerzo de gran lucidez, la notoria voluntad de evitar la semejanza, la copia de lo superficial y adjetivo, la trivial imitación. Y, paralelamente, la búsqueda (entonces sí «borgeana», ya que en eso jamás cedió, ni se dejó llevar por

la costumbre o la facilidad) de nuevos espacios de escritura y de lectura, de nuevas formas de expresión y de apropiación textual de la realidad, de nuevos modos de construir lo real en la palabra.

Si, desde esta perspectiva, puede afirmarse en consecuencia que no hay hoy «escuela borgeana» (aunque el beneficio de su trabajo literario sea obvio, permanente), creo que, al hacerlo, coincidimos con los propósitos que impregnan toda su obra. Porque si intentáramos responder ahora a la pregunta desde la primera de las ópticas evocadas, es decir, la de si Borges pudo haber generado con su obra algo parecido a un movimiento, una corriente o una escuela, colocamos de algún modo en el centro de la cuestión su voluntad, o deseos quizá más secretos que de ninguna forma podemos conocer. Sin embargo, de sus textos surge la preocupación por subrayar el carácter íntimo, solitario, personal, de su literatura: «Escribo para mí, para los amigos y para atenuar el curso del tiempo», declara por ejemplo en la presentación de *El libro de arena*, así como afirmara antes, en el «Prólogo» a *El oro de los tigres*: «Descreo de las escuelas literarias, que juzgo simulacros didácticos para simplificar lo que enseñan...», insistiendo a su vez en una idea manifestada también en el «Prólogo» retroactivo (de 1969) a *Fervor de Buenos Aires*: «Somos el mismo; los dos descreemos del fracaso y del éxito, de las escuelas literarias y de sus dogmas...».

Sin duda que para responder todavía más ajustadamente al interrogante tendríamos que ponernos de acuerdo sobre lo que representa en la literatura del siglo XX ese «corpus» que ya podemos llamar «la literatura borgeana». Y que está compuesto no solamente por sus poemas, sus cuentos, sus ensayos, sus prólogos, sus obras en colaboración o con seudónimo, sus traducciones, sino también por sus conferencias, sus charlas, sus reportajes, sus opiniones sobre la literatura y la vida.

Esa obra es, para mí, una vasta extensión, una zona inmensa que no se agota con denominarla «línea de pensamiento literario», porque es una forma total de ver la realidad y las realidades que la literatura produce. Ella es un componente hoy indispensable en la formación de la conciencia literaria del siglo y, como tal, insoslayable, omnipresente. Creer entonces (algo prematuramente, es cierto) que es casi imposible la existencia de una escuela borgeana, lejos de menoscabar la importancia del legado de Borges, pienso que lo sitúa con mayor nitidez, ya que, en definitiva y al menos en literatura, los términos «escuela» y «maestro» no parecen convocarse mutuamente.

Borges ejerció, indiscutiblemente, un magisterio, pero éste no fue escolar, didáctico, sino como aquél que alguna vez atribuyera él mismo a Pedro Henríquez Ureña: «quien enseña con el ejemplo una manera de tratar con las cosas, un estilo genérico de enfrentarse con el incesante y vario universo»². Empero, para alguien que, como sostiene Genette, «debilita las nociones de paternidad y de originalidad sugiriendo la continuidad subterránea y la unidad secreta del arte y del pensamiento»³, aún ese magisterio podía únicamente ejercerse en beneficio de la literatura y en perjuicio de una imagen individual o egoísta de su titular.

² Jorge Luis Borges, «Pedro Henríquez Ureña», en *Pedro Henríquez Ureña, Obra Crítica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1960, pág. VII.

³ Gérard Genette, «La littérature selon Borges», en *Jorge Luis Borges. L'Herne*. París, 1964, pág. 326.